

aun se dignó de hacer mencion en algun libro suyo, ó físico ó moral: Ciceron (1) se burló de ella prudentísimamente, á imitacion de aquellos hombres excelsos que alaba, los quales, con ser peritísimos de las estrellas, la escarnecieron: Hipócrates (2), Galemo, Avicena, Porfirio, Plotino, Teofrasto, que fueron los mas doctos de su siglo, es cierto que la tuvieron todos por vil, como lo han hecho concordemente despues los Astrónomos mas modernos, enriquecidos con el tiempo de mayor luz. Entre éstos puede Ticon (3) con seguridad valer por un exército; y sin embargo, despues de todas las experiencias, despreció á la Astrología, como vana, y á los Astrólogos, como á personas que desvarían. Tolomeo (4), que es el único que la profesó entre los hombres grandes, no la profesó por estimacion que tuviese de ella (pues en muchos lugares él tambien la derriba poco ménos que desde sus fundamentos): la profesó por necesidad; pues viendo la corta ganancia que sacaba de la Astronomía, en que era muy versado, se aplicó á la Astrología, queriendo, como lo dixo Queplero, que una hija necia, qual es la Astrología, alimentase á una madre sabia, qual es la Astronomía: madre, que la habia dado al mundo, como legitimo parto, no se puede negar; mas parto que degeneró poco á poco, quando de Astrología natural se desfiguró en Astrología judiciaria.

(1) Lib. 2. de Divin. (2) Perez in Gener. lib. 2. 3) Cassiodorus in vita. lib. 6. (4) Lib. 1. de Juill. cap. 2. Centinoy sent. 1. & 3. Quadrup. lib. 3.

CAPITULO XXVI.

Respóndese á lo principal que traen los Genetliacos en defensa de su arte.

A un falsario contumaz, convencido y cogido con el hurto de la moneda que habia falseado en las manos, con gravísimo daño de la República, no se le haria alguna injuria quando se le negasen las defensas. Mas aunque es tal el estado de la Astrología judiciaria, segun el proceso que se le ha formado hasta ahora por tantos capítulos; con todo eso, así como sus profesores tienen entre los demas mentirosos esta ventaja, que quando á los otros por una mentira que dicen no se les cree despues alguna verdad, á ellos por una verdad se les creen despues infinitas mentiras; así presumen que tienen entre los otros reos este privilegio, que no se puede jamas dexar de escucharlos: de otra manera protestan luego de nulidad. Para que cesen, pues, los pleytos, oigámoslos tambien nosotros, ya que no de justicia, á lo ménos de cortesía. Y porque por vía de razon no pueden traer jamas algo en su favor propio, que no se haya impugnado ya claramente, démosles campo para que vayan por vía de hecho, no desdefiándonos de que formen una soberbia relacion de varias predicciones, famosas que han salido de ellos, y sin embargo se han verificado no ménos en la edad presente, que en las pasadas.

§. I.

Mas qué? No se niega que tal vez adivinan: se niega que adivinan por fuerza de arte; pues sus reglas tienen gritando contra sí, así la razon, como la experiencia y como la autoridad de todos los mayores hombres que ha habido en el mundo. Tam-

bien los Sortilegos, tambien los Agoreros, tambien los Arúspides; tambien los-Interpretes-del Cielo tonante, y muchos otros no dexaban en Roma de adivinar: de otra manera no se puede dudar, que mintiendo siempre no hubieran llegado á tan grande estima. Diremos por eso nosotros, que sus adivinaciones procedian de arte de antever lo futuro, y no de supersticioso desvanecimiento; sacado de aquello que, segun ellos, les decian á uno las suertes, á otro los animales, á otro el ayre, y á otro los simples hondeados del humo que volaba arriba, ya derecho, ya obliquo, ya denso, ya extendido? Lo cierto es, que un ciego no puede jamas divisar el blanco; y sin embargo, tambien un ciego tantas veces puede volver á tirar, que finalmente acierte á él: *Quién hay que tirando todo el día, no dé tal vez en el blanco* (1)? Decia Tulio, hablando de los Astrólogos de sus tiempos. Y no ménos graciosamente lo notó despues Séneca en los de los suyos, quando dixo; que habian hallado el verdadero camino de adivinar la muerte de Claudio César, prediciéndola ántes todos los años, y despues todos los meses hasta que sucedió: *Es manifesto, que dicen alguna vez la verdad los Matemáticos, que matan á Claudio, despues que fué hecho Príncipe, todos los años y todos los meses* (2). Y si los Historiadores que han referido las verdaderas predicciones de los Genetliacos, hubieran contado con igual fidelidad sus verdaderos deslumbramientos, halláramos, que ántes que diesen una sola vez en el punto, habian vaciado mil aljabas de flechas, que habian volado en vano: *Todas las verdades que dicen, ó temeraria ó astutamente, en comparacion de lo que nienten, no es la parte milésima* (3). Esto afirmo el Filósofo Favorino de ellos, y con

(1) *Tul. de Dicit.* (2) *In lulo super mort. Claud. Cesar.* (3) *Gell. lib. 12. cap. 11.*

suma razon; pues prediciendo las cosas que no dependen de las causas naturales, sino de las libres, ó no dependen á lo ménos individualmente, es fuerza que sus vaticinios, si por ventura se verifican, sean golpes de la fortuna, admirable en sus juegos, y no tiros del arte. El que se aumente el patrimonio, ó se disminuya, proviene, ó de la industria humana, ó de la Providencia Divina, ó por mejor decir, de las dos unidas. Pues como entra aqui Júpiter á deramar en el seno de alguno grandes riquezas, ó cómo entra Saturno á atarle á Júpiter las manos para que no las vierta? Esto no es, ni frio ni caliente, ni húmedo ni seco, que son la mas amplia esfera que se le puede conocer á la eficiencia de los planetas, si queremos discurrir como Filósofos, que buscan las causas de las cosas, y no como embusteros, que las fingen.

Y lo que he dicho de los sucesos morales se ha de decir de los casos fortuitos de encontrar tesoros, de incurrir en adversidades, de caer en el agua ó en el fuego donde ménos se piensa. Estos casos, como no tienen debaxo de Dios causa propia, sino accidental, así no estan sujetos á mas ciencia que á la Divina; la qual por eso los puede saber, porque es la que quiere ó la que permite aquella combinacion de operaciones, de donde se siguen aquellos sucesos impensados para todos los entendimientos humanos, sin que las estrellas, formadas para diferentes fines, tengan en ellos alguna parte.

De los demas efectos, que tienen toda su causa en la naturaleza, tampoco pueden los Astrólogos alcanzar algo, sino es andando á tienta; y esto porque no observan mas causas al predecirlos que las universales, que no tienen virtud de determinar los efectos, sino solo de concurrir á éste ó á aquel sujeto á su esfera, segun le obligan á eso las inmediatas. El que repara en una cocina encendido un gran fuego,

solo puede adivinar temerariamente de qué manera ha de salir el banquete que ha meditado el maestra-sala; pues para adivinarlo con arte, sería menester observar demas á mas la caza prevenida en la despensa, los pollos, los peces, las aves, y todo quanto es necesario para un magnífico convite; porque el fuego de su lado está diferente para sazonar todo aquello que se le pusiere delante del mismo modo. Así el Sol, la Luna, y mucho mas los planetas y las constelaciones, de fuerzas tanto mas desconocidas, son de su parte causas indiferentísimas de los efectos sublunares, y dexan que las determinen con variedad la materia que encuentran por el camino, y las disposiciones, ya adversas, ya propicias, para producir la fortuna.

De aquí nacen las adivinaciones que hacen tan frecuentemente los Médicos, los Maríneros, los Labradores, porque observan las causas particulares, y las disposiciones que hallan en los cuerpos, en las nubes, en las nieblas, y en todo el emisferio descubier-to á su vista (1); y de aquí tambien el deslumbramiento que padecen los Astrólogos todos los dias en sus Almanagues, en tanto grado, que afirmó Pico, como hombre de bien, que de ciento y treinta dias que habia observado, segun las predicciones astro-lógicas de aquel año, apenas encontró seis ó siete que no se apartasen mucho de la verdad: lo qual parece mas manifiesto quando los Astrólogos se dan á pronosticar sucesos mas desusados, porque en éstos aciertan ménos que en los demas. Y sin embargo, si su arte fuera verdadera arte, y no oficina de quimeras, en éstos habian de acertar mas, pues los efectos mas extraños (como los que provienen de causas mas solemnes y mas señaladas) les vendrian con mas facilidad á los ojos. Refiere Escaligero (2), que

(1) *Lib. 2. in Astrolog. cap. 2.* (2) *Millet. l. c. prop. 6.*

el año de 1186 juntándose los planetas superiores con los inferiores, predixeron los Astrólogos tales torbellinos y tales tempestades, que podian dar terror hasta á las torres; y sin embargo aquel año fué mucho mas sosegado que todos los otros. Del mismo modo el año de 1524 por algunas conjunciones grandes de planetas en los signos aquosos, y por algunas medianas, predixeron en el Febrero inmediato un diluvio inaudito en toda la tierra, con tal aseveracion, que espantadas varias Provincias de Europa, se previnieron de mas de una barca, bien calafateadas, bien cerradas, y tambien bien proveidas de vituallas, para hacerse cada uno para su familia como nuevo Noé en aquel universal naufragio; y sin embargo corrió despues aquel Febrero todo tan sereno, que no cayó del Cielo en él ni una gota tan sola, para confusion de tantos engañadores del universo y de tantos engañados. Mas esto quiere decir, atender á las causas remotas mas que á las próximas. De donde aquí se puede ajustar oportunamente la sentencia que dió aquel famoso Principe (1), que animado de un Astrólogo á intimar una hermosa caza con promesa de tranquilísimo Cielo todo aquel día, oyó por el camino decir á un rústico que guiaba el harado, que se guardase, porque podía tardar muy poco en llover: así fué. De donde alterado aquel Grande, llamó al gañan por Astrólogo á la Corte, y condenó al Astrologo á que fuese por él detras de los bueyes.

Ahora, si no sabeis coger aquellos renuevos que tienen sus raíces en la naturaleza, con qué garavato llegarán aquellos frutos, que son partos de solo el libre albedrío?

(1) *Corn. à Lap. in Jerem. c. 10. n. 2.*

§. II.

Mas dixé mal quando afirmé, que los Genetlicos, adivinan sin arte; ántes adivinan frecuentemente con grande arte, mas de engaño. Lo primero suelen predecir cosas, que no sucediendo, fueran mas admirables que sucediendo: *Una gran dama camina con suceso poco feliz: terminase un gran pleyto con la concordia de las partes: un correo trae una grande nueva: guerras, sediciones, iras de Príncipes, que amenaza Marte, opuesto á Mercurio: matrimonios que descomponen Mercurio en la séptima: prodigalidades y desperdicios que significa Marte en la undécima.* Y qué proposiciones son estas, para pue se tengan por predicciones, quando quien dixera la verdad, negando que ha de suceder alguna de ella, fuera mayor Astrologo que todos quantos la dicen defendiéndolas? Y sin embargo, un solo anuncio de éstos que se verifican en toda la extension de la Europa, veis aquí que canonizan á la Astrologia por venerable.

Por otro lado apuntalan con tantas condiciones estos pronósticos, aunque universales, que bien se echa de ver que ni aun sus arquitectos mismos los tienen por sólidos: *Un potentado sanará de una grave enfermedad.* Se entiende, dicen, en quanto á lo que viene de las estrellas, quedando despues que ver, que el Médico no haga traicion, que la medicina no tarde, que el enfermo de su lado no se desordene, que Dios no le quiera castigar por otro capítulo: tambien pudieran añadir este, *que no se muera ántes de levantarse de la cama;* y con él adelantar todo el estudio sobre las tablas de Tolomeo, toda la inspeccion de los astros, y toda la locura de los Astrologos. Y qué libradorcillo hay, que no sepa predecir algun efecto debaxo de esta limitacion, con tal que conspirén entre sí de concierto todas aquellas causas á que pertenece el producirle?

§. III.

§. III.

Mas por ventura la ligereza de los hombres no concurre tambien fuertemente á acreditar una arte tan fallida? Podemos decir, que los pronósticos que se han verificado en alguna parte son tantos, quantas son las bocas del Nilo, y los que no se han verificado son tantos, quantas son sus arenas; y sin embargo sepulta el vulgo en perpetuo olvido las continuas falsedades de los Astrologos, como se hace con los muertos en la campaña: y aquel único suceso que es feliz lo saca en triunfo en todas las hojas volantes, como á un héroe. Quántos le predixeron á Pompayo el Imperio de Roma? Quántos se le predixeron á César (1)? Y sin embargo de tantos Astrologos falsos; ninguno sabria nada, si no lo hubiera contado para su infamia un hombre cuerdo, qual era Tulio. Por el contrario, porque Nigidio, en el nacimiento de Augusto, le dixo á Octavio su padre, que habia nacido el Señor del mundo, el nombre de Nigidio voló sobre los astros quando fué Emperador Augusto. Y sin embargo no pudo decir esto por una adulacion, que salió próspera por la combinacion de mil accidentes, que era imposible entónces que los adivinase alguna humana mente? Si no hubiera salido tal, Nigidio no hubiera padecido cosa (afirmando todos los Astrologos á una voz, que por el oroscopo de una persona sola no se puede saber lo que le pertenece á la República, y mucho ménos á la mudanza de la República en Monarquía); y porque salió afortunada, pudo Nigidio poner en crédito el arte, á pesar de la razon (2).

Del mismo modo no sabe el vulgo advertir, que

Parte I. Hh muy

(1) Lib. 2. de Divin. (2) Jul. Firm. lib. 2. cap. ult. Curd. sect. 2. apud. ult. & in gent. Caroli K. & alii.

muy frecuentemente no se ha previsto el suceso como futuro, mas ha sucedido porque se juzgó previsto. Me explicaré. Para alentar á su ejército para la batalla que quería dar á los Romanos, le dixo Anibal, aquartelado en las Canas, que la victoria era cierta, porque las estrellas le habian anunciado aquel paso colmado de gloria. Y así fué á la verdad, no porque las estrellas se la hubiesen anunciado, sino porque animados con aquella falsa persuasion los soldados, pelearon con tal brio, que hicieron grande estrago en los enemigos. Así aquel consiguió el matrimonio que le predixo el Astrologo, aquel la dignidad, aquel el dinero, no por virtud de los planetas, que se empeñasen en favorecerle, mas por la industria que despertó en ellos el vaticinio. Esto hizo que se diesen á traer los tratados de la parentela con mas calor, á cotejar, á contratar, á emprender todo aquello, de donde se prometian toda buena fortuna, y así lo consiguieron. Por el contrario, el pronóstico de haber de morir de parto puso en aquella muger tal tristeza, que despues murió de él: el pronóstico de que se habia de perder el pleyto, hizo que se descuidase en la causa; y el pronóstico de haber de perder la ganancia, hizo que se cortase el comercio: y así todo esto fué mal verdadero. Y Mas por qué fué? Porque el hombre lo hizo salir verdadero por sí mismo, no porque lo hiciesen las estrellas.

En todo caso es certísimo, que los sucesos mas hermosos que traen los Astrologos en prueba de su arte no se podian prever, aun estando á lo que afirman sus autores; porque los mas hermosos son los que mas llegan á la expresion de todas las circunstancias individuales. Y sin embargo Tolomeo, seguído en esa escuela como maestro irrefragable, afirma, que no pueden los Astrólogos, segun el arte, predecir

cir mas que cosas gruesas, genéricas é indefinidas (1): Pongo por exemplo: bien pueden predecirle breve ó larga vida á un hombre, mas no el día puntualmente de su muerte, y mucho ménos el modo, si con lazo, si con espada, si con piedra, si con pistola; porque las estrellas no se meten en estas predicciones, es menester para ellas Dios: *Solos los inspirados del Numen*, dice Tolomeo, *predicen las cosas particulares*. El decir, pues, que Marte en la octava casa significa muerte con veneno, ó que la causa; y el decir que Mercurio quemado predice incendios derivados del fuego artificial, siendo Mercurio el padre de las artes, no solamente es soñar con los ojos abiertos, sino tambien es contravenir al que enseña la profesion misma, traspasando mucho los límites establecidos por sus leyes. De donde aquel Astrologo (2) que predixo de sí en Milan, que le mataría una viga, que caería sobre su cabeza, y no el cuchillo (á que le habia condenado su Príncipe, solo para que se viera que era mentiroso), si le mató verdaderamente la viga quando iba al cepo, es cierto que no lo podia saber por las estrellas sus familiares; porque en todas las estrellas no hay aspecto, no hay combinacion, no hay congreso que signifique muerte de viga en la cabeza, como él mismo, segun sus reglas, lo debia tener por firme.

Para comprehender, pues, muchas en pocas, veis aquí finalmente á qué minus se reduce todo el oro, que por tan escogido venden los judicarios. Si tiene algo de verdadero, ó lo libró la casualidad, favoreciendo como á su bienhechor, á quien mas tiró á adivinar, ó lo libró una alquimia taimada de formas ambiguas y de ficciones astutas, que corre entre ellos, ó lo libró la credulidad de la gente,

Hu 2

(1) *Quadr. lib. 2. Gentil. num. 2. (2) V. Alex. de Angel. lib. 4. cap. 27.*

te, amiga de aceptar por oráculos los embustes, solo con que se espere alguna utilidad.

§. IV.

Para quien estas minas no parecen bastantes, señala San Agustin otra mas profunda (1), adonde yo no me atreviera á baxar, si animándome por el camino un hombre tan grande, no me llevase con su propia mano. Y esta mina es lo íntimo de los abismos; siendo este Santo de opinion, que tales adivinaciones proceden con facilidad en varios casos por obra de los demonios: *Consideradas todas estas cosas (veis aquí las palabras de este insigne Doctor, despues de un largo discurso que hizo sobre estas predicciones), consideradas todas estas cosas, no sin razon se cree, que quando los Astrologos responden maravillosamente muchas cosas verdaderas, se hace por oculto instinto de los espiritus no buenos, que cuidan de introducir y fortalecer en las mentes humanas estas opiniones falsas y dañosas de los hados y de los astros, no con alguna arte de oroscopo notado y mirado, que no la hay (2).*

Ni haya quien oponga, que habemos dicho ya, que el futuro accidental ó arbitrario de que se habla, está oculto tambien á los demonios; porque llegan á adivinar mucho con su aguda sagacidad, mucho con su antigua experiencia, mucho con su atenta investigacion, y aun mucho mas con el poder, que Dios tal vez les permite de efectuarlo para mayor engiño de aquellos desdichados, que no siendo mas que hombres como los otros, se dan á la Astrologia, por que quisieran parecer Dioses entre los hombres, burlándolos y engañándolos los Angeles prevaricadores, á los cuales está sujeta esta parte ínfima del

(1) S. Aug. lib. 2. de Doct. Christ. cap. 21. 22. 23. Et l. 2. de Gen. ad lit. cap. 17. (2) De Civit. Dei, lib. 5. cap. 7. in fine.

del mundo, segun el orden de las cosas, por ley de la Divina Providencia (1). Y así puntualmente dexó Dios, que quedase engañado infelicísimamente Juliano Apóstata, de quien escribe el Nacimiento que su familiaridad execrable con los diablos tuvo principio de la Astrologia; esto es, del arte de formar el nacimiento á éste y á aquel, y del deseo de saber de aquellos malignos lo futuro, escondido al mundo; las cuales artes siguió despues la exercitacion de los encantos.

De aquí notó doctamente San Agustin en los lugares traídos, que quando el Señor en sus Divinas Escrituras nos vedó que anduviésemos detras de las adivinaciones, no nos lo vedó porque ellas tal vez no se verificasen, nos lo vedó porque aunque se verifiquen, son infieles: y aun entónces son mas infieles quando mas se verifican, porque entónces son mas poderosas para enredar á los incautos, que dis-ciernen mal lo que ellas hacen de lo que hacen los diablos, prontos para meterse (aun sin que los llamen) en el corazon del hombre, quando soberbio se quiere levantar á sí sobre sí, como lo hizo Lucifer, y hacerse en la ciencia semejante á Dios.

Y esta tambien fué la causa por qué los Doctores Sagrados (2), las Leyes Civiles y las Canónicas, las Bulas de los Pontifices, y qualquier Magistrado universalmente han perseguido siempre á los Genetliacos, como á peste de la República, no solo por la perversion de las costumbres que causan en los otros, principalmente engendrando en los corazones esta opinia, que en vez de la Providencia Divina,

(1) S. Aug. lib. 3. de Gen. ad lit. cap. 27. S. Aug. de Divin. Dæmon. S. Aug. de Doctr. Christ. cap. 23. (2) Li. Autem. Cod. de Matrof. & Mathem. leg. Nemo. eod. tit. leg. Etia eod. tit. leg. Mathem. Cod. de Episc. ind. Dber. cap. 26. q. 2. Cod. Sed. et. illud, & q. 3. Cod. Ibi. legit, 23. q. 5. Cod. Non licet. Concil. Brocar. can. 10. & Lacton. sub Leone X. Sixt. V. in Bull. advers. Astrolog. (3)

son las estrellas natalicias los arbitrios que á qualquiera le dispensa en el bien y el mal, sino mucho mas por la perversidad de que es menester que esten colmados en sí mismos, haciéndose discipulos pésimos de maestros peores con sujetarse, aunque sin querer, á los fraudes de los espíritus rebeldes, padres igualmente, como los llamó Lactancio (1), de la Astrologia y de la Magia.

Quién, pues, será el juez iníquo, que despues de haber escuchado esta raza de reos, los quiera absolver, como si se defendieran bastante? Antes qualquiera los ha de condenar sin tardanza, no pudiéndose tolerar en el Género Humano un momento solo quien por eximirse de la Providencia celestial, elige antes de buena gana, sujetarse á las ilusiones diabólicas, graves en la Magia, pero quizá mas graves aún en la Astrologia. En la Magia retienen los demonios la propia forma de larvas espontosas y de lamias sucias: en la Astrologia vienen con hábito bordado de estrellas.

CAPITULO XXVII.

Razones que hacen manifesta á qualquier entendimiento bien dispuesto la inmortalidad del alma humana.

El proceder, como fuente que ha nacido en el cielo, de sangre infecta, es infelicidad, no es culpa: de donde lo reputan los hombres por objeto de compasion mas que de vituperio: pero el renunciar espontáneamente la nobleza, que nos ha transfundido en las venas un excelso linage, no se puede oír en qualquiera que sea sin enfado; pues es portarse, como se portará una fuente, que habiendo salido de los minerales del oro por donde pasó, corriera á perder.

(1) Lib. 2. cap. 17.

derse por voluntad á un zarzal. Al mismo modo el ser bestia por su naturaleza no es deshonra, para decirlo así; porque la que lo es no podia nacer mas que bestia: mas el querer ser bestia por eleccion, quando por naturaleza se posea un puesto poco inferior al mismo de las Intelligencias celestiales, ó qué vituperio! Y sin embargo de esta raza son los que defendiendo que nuestra alma es cuerpo, renuncian el grande privilegio de la inmortalidad, y se atribuyen la gloria de no tener en el nacer y en el morir ventaja alguna sobre la generacion de los jumentos: *Una es la muerte del hombre y de los jumentos, é igual la condición del uno y de los otros. Del mismo modo espiran todas las cosas, y nada tiene el hombre mas que el jumento* (1). Dignos de que se les dé por pena lo que ellos locamente esperan por suerte; esto es, volver algun dia á la antigua nada; pero mas justa pena será para ellos el vivir siempre miserables, que el dexar para siempre de vivir, y así acabar las miserias de que se libra quien no vive.

Entretanto para poner mas en claro, que su engaño es mas voluntario que natural, declararé aquí brevemente las razones que tienen eficacia para conseguir de qualquier entendimiento bien dispuesto un firme crédito de nuestra inmortalidad. Y porque en las batallas la multitud confusa mas suele servir de impedimento para vencer, que de ayuda, dispondremos el número de los argumentos en dos esquadrones: el uno contendrá las razones físicas: el otro contendrá las morales; y los dos juntos espero que serán dos cuerpos invencibles de ejército para vencer toda duda sobre este pleyto; de suerte, que aun en esto necesiteis de haceros mas fuerza para dexar de creer que para creer, si no sois tambien vosotros de aquellos que tienen guarnecida la mente de obs-

(1) Eccl. 3.

tinacion; esto es, de aquella malla, que es sola impenetrable para todas las sactas de la verdad.

CAPITULO XXVIII.

Por las operaciones intelectivas del alma racional, se hace claro que es immortal.

Puede contarse, entre las mas ostentosas fábulas de los antiguos, el arte de que se valió Ulises para hallar á Aquiles disfrazado, y mezclado con las damas en la Corte de Diomedes. Y fué que penetrando el discreto Capitan hasta dentro de la cámara, expuso á la pública vista de aquellas doncellas, con todo género de galas mugeriles, varias armas tambien de las mas escogidas, y de labor exquisita: de donde concurriendo á porfia todas las damas á mirar la bizarría de los vestidos, de los velos, y de los otros nobles adornos descogidos con abundancia, solo Aquiles se detuvo á hacer prueba de las armas y á manejarlas, no haciendo caso de lo demas. Ahora, aunque la Poesía sirve mas para recrear el entendimiento, que para instruirle, quiero con todo eso que aquí nos sea muestra de la verdad, ó que nos aproveche, ya que no de otra cosa, á lo ménos de guía para encontrarla, llevándonos debaxo de la alegoría de la fabula ántes traída, la hacha encendida delante. La alma humana, confundida entre las substancias corruptibles, y cubierta de despojos tambien caudacos, queda tan desconocida de algunos, que falta poco para que no la disciplen de las bestias, y hagan en su corazón igual caso de todas. Mas nosotros, para enterarnos mejor de su naturaleza, superior á todos los seres materiales, vamos averiguando con un poco de sagacidad qué genio tiene, qué natural, qué instinto, qué operaciones; y si en todo esto no viéremos tanta grandeza, que nos necesite á juzgarla de

de una condicion, que trasciende todas las cosas mortales; yo me doy por contento con que la despreciemos al fin como á mortal; no mereciendo la alabanza de incorruptible aquel cedro, que habiendo nacido entre nosotros, no tiene que hacer con los del Libano. Pero si es, como se predica, para qué insultar de ella?

Dos son las operaciones propias del alma racional: la una es el entender todo lo verdadero, y pertenece al entendimiento: la otra es el amar todo lo bueno, y pertenece á la voluntad. Empecemos por el entendimiento, que domina en este cielo, como el Sol, de donde nos suministrará tales indicios, que adivinemos la verdad.

El Sol te dará señales

Manifiestas y patentes:

Quién á afirmar que lo falso,

Dirá el Sol, ha de atreverse?

Discutramos, pues así.

§. I.

Es indubitable, que un ser meramente corpóreo no puede obrar acerca de un objeto meramente espiritual; esto es, descargado totalmente de toda materia; porque las causas no pueden traspasar los confines de su naturaleza, de suerte que posean una naturaleza mas noble para obrar, que la que poseen para ser: *De aquel modo obra qualquiera entidad de que es* (1). Ahora, la alma humana conoce las cosas inmateriales, y entiende los objetos puramente espirituales, entiende las inteligencias, entiendo á Dios: luego se sigue, que en su ser es tambien espiritual, y libre de qualquiera materia. De otra manera qué nos

Parte I.

II

pu

(1) S. Thom. 2. p. q. 75. art. 2. in corp.

pudiera referir de las cosas superiores á los sentidos; Nada mas que lo que los sentidos nos saben referir de las cosas superiores á su esfera. De donde como los ojos no saben jamas distinguir lo que es s6n, ni las orejas saben jamas discernir lo que es resplandor; así el entendimiento no supiera jamas formarse alguna idea de las cosas que no tienen cuerpo, si no fuera incorp6reo.

Ni solamente el alma sabe conocer los objetos espirituales, mas á aquellos mismos que son del todo sensibles, los sabe, para decirlo así, espiritualizar y despojar del cuerpo, considerándolos en universal, y no segun aquel sér que tienen en sí, mas segun aquel sér que les da en abstracto; esto es, abstra-yéndolos de la materia, del lugar, del movimiento, de la cantidad, del tiempo, y de todas las demas condiciones propias del individuo. Y de esta forma son los conocimientos científicos, y principalmente las matemáticas y las metafísicas con que el entendimiento, sutilizando y como sublimando las cosas, y sacando de ellas, para decirlo así, un espíritu de inteligencia, se viene á apacentar de un como puro alambicado de la verdad. Pues si el modo del obrar sigue, como se dixo, al modo del sér, quién no ve que aquella mente, que con sus operaciones les da al objeto tal sér inmaterial, está adornada de ese sér en su fondo, y aun está adornadísima: pues como lo enseña el Fil6sofo, la potencia siempre es mas noble que su part6: *Lo que hace es mas digno de sér honrado que lo hecho* (1).

Añadid, que el alma se conoce á sí misma, y á sus actos, y los conoce con una admirabilísima reflexion, conociendo hasta del conocer: conoce sus pensamientos, conoce sus prop6sitos, conoce sus deseos. De donde tambien por este capítulo se debe confesar,

(1) De Anim. text. 19.

que es inmortal, porque tiene en sí misma un manantial inagotable de verdades; de suerte, que como puede siempre obrar, sacando nueva agua de conocimientos de su fuente, así tambien puede siempre vivir. Y sobre este apoyo han fundado los Fil6sofos aquel su celebrado axioma: *Todo lo que puede hacer reflexion sobre sí, es inmortal* (1); queriendo, que como el movimiento circular, por su naturaleza, no tiene término; al modo que le tiene el movimiento recto; así el movimiento intelectual de las substancias, que hacen reflexion sobre sí mismas, sea perenne; quando el movimiento de las potencias cognoscitivas, que no se pueden reconcentrar en sí mismas, está sujeto al tiempo, como lo estan todas las potencias de los brutos.

Pero mas claramente podemos nosotros inferir esta asercion de la grandísima capacidad de la esfera, que les ha abierto la naturaleza á las operaciones del alma racional: esfera poco ménos que infinita.

Entre todas las cosas posibles, ninguna hay que no pueda ser objeto del entendimiento humano. Antes qualquiera verdad tiene para él fecundo el seno de descendencia numerosísima de otras verdades semejantes; pues sabe la alma combinar una con otra: y ya subir de los efectos á las causas, ya baxar de las causas á los efectos; sabe penetrar las cosas que son; y sabe tambien discurrir sobre las que no son: sabe fabricar nuevas máquinas, sabe figurar nuevos mundos, sabe fingir nuevas ideas, sin acabar jamas. Ahora; quién no ve claramente en estas operaciones aquel Sér ilimitado, propio de las substancias inmaterialísimas, que en virtud de su amplísimo modo de conocer, llegan poco ménos que á transfigurarse en todas las cosas. Qué relacion tienen estas noticias con el bien del cuerpo, siendo antes prendas que ponen ca-

(1) Auct. h. de Caus.

si en competencia las mentes humanas con las inteligencias celestiales?

Y en estos conocimientos que nada sirven á alguno de los sentidos, mas son como un mero adorno para el alma, experimenta ésta puntualmente sus mayores deleytes. Arquimedes en el baño, hallando el modo de pesar la liga que habia mezclado el artífice en el oro de la Corona votiva del Rey Jeron, concibió tanto júbilo, que habiendo casi salido de sí, y no solo de aquella agua, corria desnudo, diciendo á gritos por las calles públicas, que lo habia al fin hallado; *Le hallé, le hallé* (1): como que buscaba en quien volver á verter prestamente la crecida de su gozo; tan colmado era. Pues si la alma en sus conocimientos no solamente es capaz de este solaz, en que el cuerpo y los sentidos no tienen parte alguna; mas es capaz, en grado tan excesivo, que la saca extática, casi del cuerpo, y de los sentidos; quién no llegará á concluir con evidencia, que no está sumergida en el mismo cuerpo como substancia material tambien ella, mas se levanta sobre él, y sobre todos los sentidos como puro espíritu?

(1) Plat. in Cal.

den, ó como amigos de su naturaleza; ó como enemigos.

Y los placeres quáles son? Son por ventura los que solicitaba Caligula para su tan querido caballo, quando no contento con haberle formado la caballeriza de mármoles, los pesebres de marfil, y la gualdrapa de púrpura, mas que Real, le señaló su noble servicio de pages, con intento de criarle tambien Consul, y poco ménos que compañero en el Principado? Nada ménos. Los placeres son aquellos solos, que con cortísima renta pueden los brutos exprimir de sus dos ínfimos sentidos exteriores; esto es, del tacto, y del gusto. De donde si aquel Emperador no se habia vuelto aun mas bestia que su bestia, podia echar bien de ver, que sería de mas favor para ella una anega de cebada escogida, que muchas de tantas ostentaciones, y de tantas vanidades.

Y quién sabe, que si de los otros tres sentidos mas levantados; esto es, de la vista, del oído, y del olfato, percibe un bruto alguna flor de solaz, solo es, porque estos sentidos le traen alguna nueva de algun objeto que sea gustoso, ó que sea agradable á los otros dos? Así no le son gratos los olores mas que en quanto le dan indicio de la comida, ó presente, ó próxima; ni le es grata la vista de las lagunas, de los prados, ó de las florestas, mas que en quanto sirven para recrearle con sus pastos: y si bien, alguno de los brutos vence á los hombres en la perspicacia del ver, como el lince, del oír, como la liebre, del oler, como el perro de muestra; no encontrareis jamás que se valga de esta perfeccion para mas fin, que para proveerse de objetos agradables á cuerpo, ó para repeler los nocivos. Quando el hombre no solamente es capaz de deleytes superiores á todos los sentidos, mas á aquellos mismos, que recoge de los sentidos, y los sabe dirigir á un fin altísimo de aprender alguna verdad escondida en ellos: haciendo por

eso mas estimacion de aquellos placéres sensibles, que son mas oportunos para las ciencias y para las experiencias. Y en aquellos mismos que se ordenan á la conservacion de la vida, ama ordinariamente mas que ninguna otra cosa la invención y el ingenio, como se ve clarísimo en los convites, donde la menor empresa es tal vez la que pertenece á la gula, en comparacion del aparato, de la plata, de los triunfos, de las músicas, de los platos, y del orden que se da á los manjares, con tanta disposicion, que no se requiere ménos arte en un Maestro-Sala para esquadronar un número sin número de platos en una mesa, que en un Capitan para esquadronar un ejército en la campaña.

Por eso, viendo que los rios reducidos á canales estrechas adquieren mayor fuerza, reducimos tambien nosotros á breve, todo lo que se ha traido hasta ahora; decimos así: La substancia escondida de qualquier sér se conoce por su operacion, como la raiz por la planta, porque fué hecha, y la operacion se conoce por su objeto, como la planta por el fruto, á que se ordenó. Por eso, considerando nosotros el objeto propio de los conocimientos de los brutos, por una parte sumamente coartado en su esfera, y por otra parte en su esfera misma nada fecundo, mas que de aquellos bienes que son agradables al gusto para vivir, y al tacto para engendrar, debemos colegir, que la substancia de su alma está totalmente sumergida en las viscosidades del cuerpo, de suerte, que no se puede separar de éste, sin dexar al instante de obrar, y consiguientemente de ser. Por el contrario, mirando nosotros el modo de obrar del alma racional, tan superior á lo que recrea ó le da gusto al mismo cuerpo donde se alberga, estamos precisados á confesar, que el alma es superior incomparablemente al mismo cuerpo, de suerte, que ni muere juntamente con él, ni la domina el tiempo, mas tiene el tiempo debaxo de sus pies para dominarle.

§. III.

LXXX §. III. TITULO

Mas sin embargo, aun en esto me falta que añadir de mas fuerza. Si el cuerpo muere, es porque fuera de sí tiene infinitos contrarios que le combaten, é infinitos tambien dentro de sí, como los tiene qualquier compuesto. Mas la alma simplicísima ¿qué contrario puede tener? Recibe ella en sí misma, con suma paz, todos los contrarios posibles, conociendo á un tiempo lo verdadero y lo falso; lo caliente y lo frio; lo claro y lo obscuro; lo dulce y lo amargo; en tanto grado, que éstos no solo no la traen mal alguno, mas la dan mas valor, haciéndola siempre mas inteligente, como lo debe ser. Pues cómo ha de morir tambien ella, si nada puede darle la muerte? Se ha de matar por ventura á sí misma? Y si los sentidos corporales reciben daño aun de sus objetos mas agradables, quando éstos son excesivos, encendiéndose los ojos con un encendido resplandor, y ensordeciéndose los oídos con un ruido muy grande; solo el entendimiento recibe mayores fuerzas de la excelencia de su objeto: y quanto mas conoce, tanto se va haciendo siempre mas hábil para conocer mas. Qué temor, pues, puede tener de perecer; quien no tiene ni aun quien le debilite? *Así me persuadí...* (decia Tulio, aunque por boca agena) *á que siendo simple la naturaleza del animo, y no teniendo en sí algo mezclado, desigual y desemejante: así que no se podia dividir; y á que sino podia, no podia morir* (i). Razon de tanto peso, que no hay alguno entre los Teólogos, que no la haya hecho tambien triunfar solemnemente sobre su cátedra.

(i) De Senect. p. 1. le omno, volimini le shensu...

CAPITULO XXIX.

Inferese la misma verdad de las operaciones voluntarias de la alma.

Aquella admirable proporcion que se repara entre dos cuerdas tiradas á un mismo són en una docta cítara, se puede contemplar aun de modo mas alto entre las dos potencias supremas del alma, el entendimiento, y la voluntad. Nunca se puede tocar la una, sin que suene la otra. De donde, quanto por el instinto, por el natural, y por la naturaleza inmortal que posee el alma racional, han demostrado hasta ahora las operaciones del entendimiento, tanto proseguirán tambien demostrando las operaciones de la voluntad: salvo, que acerca de éstas se nos ofrece de mas á mas que considerar la libertad, propia totalmente de solas las potencias espirituales que se determinan por sí mismas; á diferencia de las potencias corpóreas, que siempre son determinadas por sus objetos.

§. I. *De la dependencia de la alma del cuerpo.*
Si la alma dependiera del cuerpo, debiera necesariamente seguir todas las inclinaciones del cuerpo como las bestias. Un caballo, á quien se le ha puesto delante la cebada, no le sabrá jamas mandar á su genio voraz, que se abstenga de ella si no está bien harto. Y así lo debiera con proporcion hacer la alma en semejante caso, si fuera corporea: de donde, á la presencia del objeto gustoso jamas supiera rehusarlo animosamente, por anteponerle el honesto, aunque aspero. Y sin embargo, vemos que sucede á cada paso lo contrario en tanta gente, como es, la que milita por la virtud. Vemos verificarse en ella, lo que observaba Aristóteles; esto es, que el apetito superior manda al inferior, como el Rey que domina á

su vasallo (1). Vemos que le refrena, de suerte, que no traspase los términos de lo permitido. Vemos que quando los traspasa, es porque la voluntad, condescendiendo de su bella gracia á las instancias que recibe, le abandona las riendas sobre el cuello, y consiente en lo que pudiera bien impedir, si quisiera resueltamente valerse de su dominio. Pues si es tan libre para no seguir las inclinaciones del cuerpo, quien ha de decir jamas, que el alma no es de natural mucho mayor?

Y sin embargo hay mas. Por qué no veis vosotros todos los días el señorío que exercita la misma voluntad sobre el mismo cuerpo en sujetarlo á los dolores, ó en despreciarlo, enviándolo hasta al encuentro á la misma muerte? Dónde hallareis alguna bestia, que se elija por su eleccion, como se eligen tantos hombres penitentes, disciplinándose, con flaqueándose, ciñéndose cilicios agudos? ó dónde encontrareis una bestia, que pudiéndose escapar feliz de la muerte, vaya á desafiara? Y sin embargo, aun á desafiara llega la alma, mandando en las guerras á tantos soldados, no solo que hagan baluartes á dos enemigos con sus pechos, mas que los vayan á embestir generosos en las trincheras. Diré una cosa de mas estapanto. En la guerra que Dario emprendió con los Griegos, mientras una barca de Persas huía desesperadamente, veis aqui, que un soldado enemigo la agarró por las extremidades para detenerla con la una mano, pero no pudo, porque los que estaban dentro le cortaron aquella mano en un punto (2). Entónces él la agarró veloz con la otra: mas en vano, porque tambien se la cortaron. Pero qué hizo así manca? Ni la sangre, ni el pismo, ni lo peor que podia aguardar, pudo hacer que no se pegase con los dientes á la fusta aborrecida, para hacerla, como de sí mismo;

Parte I. de las operaciones de la alma.

(1) 1. Polit. c. 3. (2) *Apud Herodot.* lib. 6. cap. 10.

es Dios. Luego es puramente espiritual, como la que puede en el obrar fixarse anticipadamente tal fin, y caminar á él con tales medios, que ni el cuerpo tenga algo comun con ellos, ni los sentidos.

Antes, si con estas operaciones se llega la alma á perfeccionar sumamente, para qué buscar mas? No se puede concebir, que aquella substancia que adquiere la perfeccion de su obrar, levantándose del cuerpo, lo mas que puede, debe perder la perfeccion del ser, si se separa del mismo cuerpo: *Ninguna cosa se destruye con aquello en que consiste su perfeccion* (1), dicen los doctos, porque perfeccionar una substancia, y destruirla, son dos cosas totalmente opuestas. Y cuál es la suma perfeccion de la alma unida al cuerpo? Es, que en el cuerpo obre lo mas que puede, como si estuviera separada del cuerpo.

§. II.

Qué decis, pues? No os parece ya, que como quiera que se mire la alma humana, ahora se mire segun el entendimiento, ahora se mire segun la voluntad, se nos hace bastante manifestada su naturaleza independiente del tiempo? Aquel simple pastorcillo que allí sobre el monte Ida pisaba la calamita (2) como una piedra vulgar, al mirar despues aquel poder estupendo que exercitaba sobre el hierro de los zapatos rústicos que llevaba, mudó de parecer, y comenzó á venerar con los ojos atónitos, lo que antes oprimia con los pies indiscretos. Sin duda, pues, serán de entendimiento totalmente salvage todos aquellos, que haciendo reflexion sobre los actos de sus potencias espirituales (segun lo mandó aquel oráculo tan famoso: *Conoce á tí mismo*), no confesaren, que la alma es de naturaleza superior á todo lo caduco, y que por eso no ha de pagar tributo tambien ella

(1) S. Thom. 1. contra Gent. c. 79. (2) Iman.

á la muerte; cómo lo quisieran aquellos infelices, que se espantan mucho mas de morir, segun la mitad sola de sí, que se espantaran de morir segun el todo; tan mal se conocen á sí mismos.

Mas cómo no conocerse? Experimentan dentro de sí mismo, que el entendimiento quanto mas sabe, tanto está mas dispuesto para conseguir nueva ciencia; y experimentan, que la voluntad quanto mas goza, tanto está mas ansiosa de adquirir nuevos deleytes. Ahora, pues, cómo se pueden persuadir sin embargo á que estas son potencias limitadas por la materia? Las materiales, aun quando fueran otras tantas conchas marinas, apacentadas hasta cierto tiempo, es menester que hasta al rocío del Cielo cierran al fin la boca, declarándose insuficientes para recibir mas. Pero aquellas potencias que, por mas pasto que reciben en su seno, son capaces de recibir siempre mas y mas, sin jamas acabar, y ántes por eso mismo son capaces de recibir mas, porque tienen mucho, son indubitablemente potencias espirituales (1). Y si son espirituales, qué hay que dudar de su inmortalidad?

CAPITULO XXX.

Que no se puede negar la inmortalidad de la alma humana, sin acusar á la naturaleza de necia.

La arte del jardinero no consiste en abastecer el terreno de aquellas plantas que son mas escogidas; consiste en abastecerse de aquellas que son mas aptas para prender en el suelo, que encomendó á su cuidado. No os niego yo por eso, que las razones físicas, traídas ántes, no son por su naturaleza mas poderosas para manifestar que la alma no perece juntamente con el cuerpo; pero porque el entendimiento de muchos

(1) S. Thom. 2. 2. q. 24. art. 7. in corp.

no es capaz de penetrarlas bien, es justo recurrir á otras, que por ventura prenderán en él con mas facilidad: y tales son las morales. Veíame aquí, pues, para probar tres proposiciones que ganarán, bien entendidas, la causa. Si la alma no fuera inmortal, la naturaleza fuera necia; la virtud fuera vicio, el vicio fuera virtud. Vaya delante de las demas la primera.

§. I.

Dos locuras distinguen los mas entendidos. Una, que se opone á la mansedumbre, y es cruel; otra, que se opone á la razon, y es necia; y ámbas á dos locuras se debieran confesar en la naturaleza, si hubiera sujetado la alma á las leyes del cuerpo (1).

Hubiera sido en primer lugar para el hombre desapiadada locamente. Pues, si muriendo el hombre, muriera todo, se siguiera, que él solo entre todos los demas vivientes fuera una labor imperfecta, y se quedara como un borrador, hermoso á la verdad, pero defectuoso, y jamas fuera una obra perfecta. Considerad los mas viles animalillos: aquellos que apenas se distinguen de aquel lodo donde estan encerrados, aquellos mismos, digo, fueron, no obstante eso, tan amados de la naturaleza, que no quiso encender en su corazón algun deseo aun levisimo, sin darles juntamente el modo de satisfacerlo. Mas por ventura hubiera observado acerca del hombre, en nuestro caso, atencion semejante? Todo lo contrario. Porque ántes le hubiera formado en tal disposicion, que no pudiera jamas esperar llegar adonde aspira con ardor sumo.

La capacidad del entendimiento humano es tan espaciosa, que para llenarla no son bastantes todas quantas cosas hay; pues le sobra lugar casi infinito para el conocimiento de las que no hay, mas puede haber. Y la esfera de la voluntad humana es tan amplia, que

no

(1) *S. Thom. a. 2. q. 127. art. 3. ad 3.*

no bastarán para dexarla jamas satisfecha, ni aun aquellos innumerables mundos, porque suspiraba Alexandro, aunque todos tuvieran ser verdadero, y no puramente fantástico en el cerebro de quien delira. Ahora, si muriendo el hombre, muriera todo, quando llegará á saciarse en él esta hambre tan prodigiosa de todo lo verdadero, que aun no conoce, y de todo lo bueno? Seguramente, que no pudiera suceder esto en la vida presente, donde no posee, ni tiempo, ni medios, ni modo, ni fuerzas para tanto. Luego fuera menester, que se llegase á hallar en él aquel grande vacío, que por otra parte tanto aborrece la naturaleza; y que se viese un apetito vehemente no solamente no satisfecho, mas insaciable contra la costumbre que perpetuamente ha guardado la naturaleza misma en sus partes, de no hacer jamas cosa en vano.

Mas beneficiados, pues, fueran en tal acontecimiento aquellos, que nunca salieran á ver la luz: ó si no tanto, mas afortunadas fueran á lo ménos las bestias, á que jamas se les enturbia un punto la serenidad del bien presente, con la solicitud del futuro, que aun no han poseído, ni con la amargura del pasado: no las punza la envidia de la suerte ajena, no las estimula la ambicion, no las deshace la avaricia: mas contentas con su estado, pasan sus dias quietamente, proveidas las mas con pequeño desvelo de quanto se requiere para alimentarlas.

Y si tambien á las bestias les es necesario morir, quanto es ménos amargo para ellas ese caliz; pues le beben, para decirlo así, á un aliento, sin haberle bebido ántes; como recibir sorbo á sorbo, pensando en su mortalidad: y pues tambien le beben despues de haber muy de ordinario gustado de la vida mas largo tiempo que el hombre? El hombre vive poco; y en aquel poco está sujeto comunmente á mil cuidados molestisimos, á temores, á tedios, á zelos, á arrepentimientos, á llantos, á quejas, incontable

en

en los sucesos prósperos, inconsolable en los adversos: siempre al yugo de aquella servidumbre, que es igualmente propia de la fortuna baxa, y de la eminente. En todo caso, las fraudes, los defectos, las muertes de los mas conjuntos, las calumnias, las pependencias, los pleytos, las infamias, las insolencias, las demasías de los poderosos, las necesidades de vestirse, de negociar, de tratar, de gastar, son todas penalidades, de que quanto está mas cargada la vida humana, tanto está mas desembarazada la vida universal de los brutos. De donde, si al hombre le cupiera al fin una muerte como la suya, no hubiera entre los vivientes alguno mas miserable que él, pues siendo él por otra parte superior infinitos grados en el conocimiento á los brutos, es menester para que se satisfaga, que tenga pastos tambien infinitamente mas substanciales, y mas sobreabundantes que todos los suyos.

Fuera de que, aquel mismo vivir tan corto que le ha prescrito la naturaleza, cómo pudiera salvar de crueldad á tan extraña madre? *El excelente en alguna arte no debe morir* (1), gritan por todas partes las leyes. Pues si la naturaleza tiene estas leyes determinadas para los Legisladores, cómo las desprecia en sus obras? Antes no las desprecia, no, mas las cumple fidelísimamente con todas en las otras substancias distintas del hombre. Vemos que entre las substancias inanimadas, las que son mas nobles, estan exéntas de corrupcion, como los Cielos, los Planetas, las estrellas. Pues por qué no sucede lo mismo entre las vivientes, mas en vez de ver á la alma humana adornada de tan hermosa prerogativa, se ha de ver, no solo morir, mas morir presto; de suerte, que tal vez de la cuna á la tumba no haya para ella casi mas, que un breve paso? No os parece una cosa extravagantísima, que pudiendo la natu-

(1) *L. ad bestias, ff. de panis. null. c. somnolentus*

raleza eximir de la guadaña del tiempo la mejor parte del hombre se la ha sujetado tan cruelmente, que habiamos de tener envidia á los cuervos, á los grajos, á los ciervos, de su largo durar sobre la tierra, y hasta á las culebras de su remozarse? Yo sé, que á un hombre grande le hacia mucha fuerza para tener por evidente la inmortalidad del alma humana mirar bien quantos morian en la niñez (1).

Añadid, que la naturaleza no solamente hubiera sido cruel con todos los hombres, si hubiera hecho mortales nuestras almas, mas tambien mas cruel con los mas virtuosos. Quanto el hombre es mas científico, y mas sabio, tanto mas conoce el valor de los bienes eternos, y mas suspira por ellos, como por su cristalina fuente. Quién duda, pues, que debiera vivir entónces mucho mas afligido siempre, viendo caer á cada punto sobre su cabeza aquella espada fatal, que en vez de los bienes eternos, le ha de traer una sempiterna destruccion?

Y aun de esto se siguiera, que creciendo en los buenos cada dia el mérito de vivir largo tiempo por su virtud, disminuyéndoseles por otro lado la vida, se les viniera siempre á disminuir aquel caudal de premio que se les adelanta: de donde no solamente debieran militar, ya veteranos á sus propias expensas, sin esperanza ya de retribucion, mas debieran perdonar tambien tanto, que nunca fueran mas infelices, que quando hubieran acabado ya de vencer; pues se les diera entónces por triunfo el sumo castigo, que es el quedar privados eternamente de todo sér, aunque empleado tan bien.

Por el contrario, si la naturaleza usara con algun hombre, en aquella suposicion de cosas, de alguna piedad, mirad con quién la usara? La usara solo con los impíos.

Parte I. Libro I. Capitulo I.

(1) *El Cardenal Esforcia Palavicino.*

Y no es grande piedad para un reo condenado, engañarle de modo que no eche de ver que se acerca al patíbulo? Esta piedad usa la naturaleza con los brutos, á los quales como no les descubre algun bien eterno por la incapacidad que tienen de conseguirlo; así les tiene escondido su deshacimiento eterno, por no afligir con la expectation del mal futuro, á quien no puede gozar; mas bien que el presente. Ahora, una piedad semejante viniera la naturaleza á usar con los impíos; esto es, con aquellos que aunque hombres, hacen vida de brutos; porque aunque no les escondiera del todo el último hado, tampoco los inquietara mucho con él; pues embriagados con sus placeres, estudian en tener lejos de sí qualquiera pensamiento, aun leve, de la muerte: víctimas, es verdad, destinadas para el matadero: mas victimas bien apacentadas por todos los prados de los divertimientos corporales. Así la prudencia, y la piedad fueran entónces los verdugos mas crueles del Género Humano; y la inconsideracion y la destemplanza fueran sus mayores bienhechores: de donde se verificaran demasiado, en tal caso, aquellos sentimientos de Plinio, tan torcidos de reconocer á la naturaleza por madrastra para los hombres; mas que por madre; pues en los mejores de ellos hubiera infundido, mas que en los otros, un íntimo deseo de los bienes eternos, queriendo, al mismo tiempo, que les fuera imposible el conseguirlos.

§. II. Mas con esto he baxado del mismo modo á mostrar en la naturaleza la otra manera de locura, que como necia, oponiéndose á la razon, consiste singularmente en no saber acomodar á un fin digno los medios proporcionados. La naturaleza quiere en primer lugar, que el hombre sea virtuoso, esto es, que guarde en su porte de vida aquellas leyes que le ha esculpido en el corazon. Mas qué medios le hubiera

sub-

subministrado en nuestro caso para que consiguiera tan alto fin? Medios Impropios é ineficaces; pues la maldad apenas tuviera que temer, y la bondad con qué consolarse.

Bien sé que el vicio es pena de sí mismo, por el tormento que da la mala conciencia. *Esta es la primera venganza, que en su tribunal ningún malo es absuelto* (1). Y de la misma suerte es premio de sí misma la virtud, por la tranquilidad de la mente que trae consigo. Mas no puede ser este ni todo el premio de las operaciones rectas, ni todo el castigo de las malvadas: es menester de necesidad, que la mayor parte del bien y del mal merecido se reserve para el tiempo futuro, como lo demuestran con evidencia aquellos dos notables afectos, la esperanza y el temor: la esperanza propia de los buenos, y el temor de los impíos (2).

Y á la verdad; quién hay que no vea que lo requiere así el buen gobierno? La agitacion de la mala conciencia no es propiamente pena de ella, mas es naturaleza. La pena es menester que sea algun mal distinto del mal natural que siempre hay en la culpa: de otra manera qué sabio legislador fuera aquel, que no estableciera otro suplicio para los ladrones, para los adúlteros, para los asesinos, que el que les trae á su corazon el robar, el adular, el asesinar? Los mas perversos entre los malvados fueran los menos castigados. Y nos debemos figurar en la naturaleza aquella política loca, que no se tolerara en un ínfimo gobernador? Antes debemos confesar, que á los impíos les reserva una pena, no solo distinta de sus excesos, sino tambien perpetua; porque todo aquel mal que se acaba con el tiempo, se puede despreciar sin imprudencia notable, como cosa que no es mal absolutamente, mas es mal con excepcion;

L12

es-

(1) Juven. (2) Suet. de Anim. lib. 1. cap. 10. n. 30.

esto es, mal temporal: de donde no hubiera la naturaleza atemorizada bastantemente al hombre para que huyera los vicios, si no debiera tener mas multa que la que puede recibir en su vida breve sobre la tierra: *Qué cosa que tiene fin puede ser grande?* Dice un San Gerónimo (1).

Decid lo mismo tambien del premio que les es debido á las obras virtuosas, principalmente que la naturaleza, como riquísima, no podía ser ménos galante, que entre nosotros son los Príncipes que dominan; los quales con toda la miseria de su erario proponen cada dia á sus pueblos recompensas distintas del bien que trae consigo el vivir con honestidad. Antes era menester que la naturaleza procediera en esto mas que como igual suya, no señalando premios cortos y caducos, como lo hacen nuestros Príncipes, sino premios eternos: de otra manera no hubiera suficientemente alentado al Género Humano á pisar animosamente las sendas espinosas de la honestidad, aun á vista de todos aquellos prados amenos con que le lisonjea para sí la disolucion.

Tanto mas que el Género Humano, ahora nombrado por otras razones tambien, no se puede regir sin esta persuasíon de que el alma es inmortal (2). Esta creencia, que nació con el mundo, ha sido siempre comun á todas las gentes, como lo arguyó Ciceron (3), de la alta estimación que todas las gentes han hecho de los sepulcros, nada estimables, si despues de la muerte nadie hay ni puede haber que haga caso de ellos. Y si algun ingenio revesado ha pretendido repugnar al sentimiento concorde de todos los pueblos, como lo hizo Epicuro, ha sido juzgado por un bruto que habla: de donde es que se levantaron á porfia contra Epicuro tantos Filósofos mejores de gran fama. Ahora, qué necesidad ma-

yor

(1) Hieron. in Psalm. 89. (2) 1. Totul. (3) Cicer. de Senect. l. ult.

yor se pudiera figurar en la naturaleza; que haberi escrito con su mano en todos los corazones un error de tanto peso, como fuera éste, si fuera error que las almas racionales son eternas?

Por ventura diréis, que el buen gobierno de los hombres lo pide así, que éstos se persuadan á que son todos inmortales en la mejor parte de sí. Sea como lo decís. Mas si el buen gobierno de los hombres pide, que se persuadan á que son tales, luego pide tambien que lo sean. La naturaleza no ha de regir al universo por via de engaños. Y qué razón tenia para no hacer á los hombres, como era mejor que fuesen? Miramos que no ha faltado á alguno de los animales en lo que era necesario para que viviesen como bestias, correspondientes á su especie. Pues cómo habrá faltado á los hombres en lo que es necesario para que vivan como cuerdos?

Y sin embargo, quanto se ha discursido hasta aquí mira no mas que al bien del hombre: queda lo que mira tambien al bien, si lo queremos intitular así, de la naturaleza misma.

Y por qué causa formó este mundo tan hermoso con tanta variedad de labores, las mas artificiosas que se pueden imaginar? No le formó para hacer que campease en él la gloria de su sabiduría inaudita? Ahora, cuáles han de ser los miradores que le contemplan? No los brutos, porque no son hábiles para tanto: han de ser los hombres. Pero decidme, cómo pudieran los hombres executar esto, si duraran solo aquel corto espacio que se albergan sobre la tierra? En su vida mortal es tan ligero el conocimiento que tienen de quanto hizo para ellos su Criador, es tan limitado, es tan rudo, es tan grosero, que apenas traspasa la superficie, para decirlo así, de las cosas, sin penetrar hasta lo intimo donde está lo mejor: luego es menester que esta noticia se reserve para otro tiempo: de otra manera esta gran

fa-

fábrica del universo se pudiera casi decir una labor arrojada, pues nunca la conociera perfectamente quien debe. Y qué Pintor de juicio fuera aquel, que formara un quadro de primor sumo en gracia de una Iglesia ó de una Ciudad, y despues se le diera con condicion de que jamas se habia de acabar de apartar de él el velo que le cubre? Y sin embargo, no de otra suerte hubiera obrado la naturaleza en nuestro caso.

Ni me digais, que bastaban los Angeles para contemplar tan digna tabla, que no se podia ocultar á sus ojos: lo primero, porque los Angeles no tienen necesidad de argüir de este mundo corpóreo el capaxísimo entendimiento de aquel Artífice-Sumo que le formó; le saben conocer en sí muy bien por sí mismos: lo segundo, porque este mundo corpóreo, de que se habla, no fué producido en gracia de alguno de ellos: fué producido en gracia del hombre; el qual, así como habia de recibir seguramente el mayor provecho de tantas obras hermosas sujetas á los sentidos, así era justo que tambien con modo especial las conociese, para poder rendir con esa ocasion al Hacedor de ellas aquel tributo de alabanzas, de admiracion, de amor y de agradecimiento, que le debía por un don tan magnífico.

No es á lo ménos cierto, que es muy conveniente que el hombre se conozca á sí, sus potencias, sus pasiones, sus afectos, y quanto encierra en sí mas estimable, para tenerse por lo que es? Mas dónde hay quien aqui pueda bastantemente hacerlo? Dexaos, pues, á vosotros el juzgar si es probable, que en gracia del hombre se ha fabricado, demas del mundo grande, lleno de tantas criaturas, tambien el mundo pequeño; esto es, el hombre mismo, colmado de tantas excelencias; y si no ha de acabar jamas el hombre de conocer todo esto, que para él se hizo, sino despues de una ojeada que le dé de paso, ha de fal-

faltar, y faltar para siempre, sin haber entendido de tantas cosas que le pertenecen la milésima parte, y esta misma parte aun mas adivinando que arguyendo; y mas soñándola, para decirlo así, que sabiéndola? Tanto aparato de rios, de mares, de montes, de animales; y de cielos tan respetables; un cuerpo humano, organizado con inmenso artificio; una alma dotada de tantas prendas, que es una admiracion el pensarlas aun toscamente, para nada mas que para una vida corta, que apenas se sabe discernir de la muerte! Luego es loca la naturaleza, que pretende un fin del alma racional, y luego no la dá ni aun tiempo para conseguirle! Mas lo cierto es, que la naturaleza no es loca: es loco quien la fingirá, negando al alma la inmortalidad, tan propia de toda substancia intelectual.

Concluyamos, pues, así. Si en la naturaleza no se puede fingir locura de linage alguno, ni locura de crueldad, ni locura de necedad: luego es menester que haya hecho á los hombres tales, quales los debía hacer una formadora, piadosa juntamente y prudente en su obrar; esto es, capazes de una vida sin término.

CAPITULO XXXI.

Maestrarse, que si el alma no fuera inmortal, la virtud fuera vicio; y el vicio virtud.

Hubo tiempo en que el mundo, mal conocido aun de sí mismo, no sabia que era mas que segun la mitad sola de sí (1). De aqui es, que los Antipodas fueron por muchísimos años tenidos, no solamente del vulgo, sino tambien de grandes maestros, por pueblos fabulosos: como que los habitantes de un

(1) Lact. Instit. lib. 3. cap. 24.

pais opuesto en el globo de la tierra á nuestros pies, debieran necesariamente estar con las cabezas abaxo, y los pies arriba: los árboles debieran allí tener las raíces donde habian de estar las cumbres; y los rocíos, las lluvias, las tempestades y los granizos ruidosos no debieran allá caer abaxo (quando querian beneficiar los campos ó destruirlos), sino caminar arriba, como lo hacen las exalaciones, y no debieran baxar, sino subir. Tanto se aleja del sendero de la verdad en los discursos, quien toma por su guía á la fantasía mas que á la razon, no haciendo reflexión de que lo alto y lo baxo son términos relativos, que no tienen su denominacion mas que del centro, que está situado entre los Antípodas y nosotros. Mas valga la verdad, quan errada iba esta consecuencia del trastorno ridículo, puestos los Antípodas; tan acertada fuera ahora, si el alma hubiera de tener sus funerales como los jumentos; porque quedara entónces trocado en el universo todo el sistema, no físico, sino moral, que es un desórden mucho mas lamentable; pues la virtud viniera á tener el grado del vicio, y el vicio á tener el grado de la virtud: y aun no solo se confundieran los puestos, sino se trocaran tambien sus essencias, tanto, que la virtud se hiciera vicio, y el vicio virtud. Mostrémoslo con claridad; pues este argumento es tan robusto, que basta solo para vencer á qualquier entendimiento que no fuere inflexible.

§. I.

Todas las gentes, aunque tan diversas en instintos y en instituciones, han concordado continuamente en hacer suma estimacion de la fortaleza. Un guerrearor valiente de quien no es venerado? Se tiene por equivalente á un ejército, para decirlo así; y parece que qualquiera que le ve le da aquella alabanza, que recibió en Roma un leon famoso, por

las

las grandes pruebas que hizo allí en el anfiteatro peleando con las otras fieras: *Quién no creyera que era un escuadron?* No era mas de uno (1). Ahora, esta virtud tan lucida, que tiene por su objeto principal el despreciar los peligros, y principalmente los peligros mas tremendos, quales son los de la muerte, esta virtud, digo, no fuera oro, sino escoria (2), si fuera el alma del hombre caduca. Demostrémoslo. La virtud no es otra cosa que una disposicion para conseguir su fin por medio de las obras que emprehende: *La virtud es la disposicion de lo perfecto para lo óptimo* (3). Y se dice *para lo óptimo*, porque lo óptimo para qualquiera naturaleza es lo que tiene ella por fin (4); así como lo pésimo es lo que mas se opone al último fin de la misma naturaleza, como lo reconocerá dentro de sí mismo qualquiera que tiene flor de discrecion. Si el alma, pues, fuera mortal, es cierto que su fin último fuera durar lo mas que fuera posible unida al cuerpo, sin lo qual hubiera perdido todos los bienes. De donde la operacion mas perfecta de la fortaleza, que es el morir por defender al amigo, al señor, á la patria, á la religion, se opusiera entónces de diámetro al último fin del hombre. Y esto supuesto, esa operacion virtuosa á la verdad no fuera virtud, sino vicio, y en el peso de la recta razon no pasara por moneda legítima, sino por falseada.

Diráis al punto, que debiendo el bien público preponderar al privado, no le fuera disconveniente al hombre en tal caso no cuidar de su fin, por sacrificarle á la utilidad pública. Mas no acertais; porque habiendo sido hecho el hombre en gracia de sí

Part. I.

Mm

mis-

(1) Mart. lib. 2. Epigr. 55. (2) Elbie. lib. 6. cap. 3. S. Thom. 2. 2. q. 122. art. 4. Arist. lib. 7. Phys. text. 17. G 18. (3) S. Thom. 1. 2. q. 100. art. 3. in corp. G 2. 2. q. 83. art. 7. in corp. (4) Gregor. de Valent. in 2. p. dist. 6. q. 1. punct. 3.

mismo, y no de los otros, como las bestias, no le podia obligar la virtud á que amase su propia aniquilacion, ni á salirle al encuentro en gracia de algun otro semejante á él; pues esto hubiera sido obligarle á que amase á su próximo más que á sí, contra lo que requieren todas las leyes: *Porque las cosas amigables que son para otro, proceden de las cosas amigables que son para sí mismo* (1), como lo enseña el Filósofo. Mientras que se supone que el alma no perece con el cuerpo, camina bien, porque quedando ella inmortal, una muerte honrada del cuerpo no es para ella funeral odioso, sino nacimiento á mejor vida. Y así quando al presente morimos por los otros, nada queremos en ese acto, si se mira íntimamente, más que á nosotros mismos; pues que con ese acto les queremos á los otros un bien caduco, como es la defensa de sus haciendas, ó de sus hijos, ó de sus personas; y á nosotros nos queremos un bien eterno, qual es el que nos viene de la virtud, medio único para hacernos bienaventurados por todos los siglos. Mas no así: si pereciera el alma juntamente con el cuerpo, entónces no tuviera más que esperar por toda la eternidad. Pues cómo puede ser que la virtud, que es el bien sumo del hombre, se haya de hacer para él la suma miseria, privándole de todos los bienes? No fuera entónces la virtud una perfeccion de la naturaleza humana amable para todos, fuera una destruccion; y así no fuera virtud, sino vicio.

Ni vale replicar, que el hombre por ventura pudiera entónces, por noble recompensa de su muerte, esperar la gloria, que es otra especie de vida, con que venciera á las propias cenizas en la inmortalidad de la fama. Hermosísimas vanidades! Si á la virtud se le quisiera dar por paga la gloria, fuera querer

(1) Arist. lib. 9. Ethic. cap. 8.

pagarla, ó por mejor decir, besarla con el són del oro.

Lo primero, la gloria que se le da al hombre no es otra cosa que un signo de la virtud, que le adorna: luego es menester que sea un bien inferior al significado. Mas si es bien inferior á la virtud, cómo puede ser todo su premio?

Demas de eso, la gloria se le atribuye tambien largamente al vicio: de donde si es signo de la virtud, no es signo cierto, no discerniendo el vulgo tan bien el camino del medio, sino confundiendo al temerario con el valiente, como confunde al pródiigo con el liberal, al tímido con el prudente, al melancólico con el sério, al justiciero con el riguroso: luego no puede la gloria decirse jamas la corona de la virtud, pues muy frecüentemente se le ve en la frente tambien al vicio, que es tan indigno.

Fuera de que el obrar por gloria humana no perfecciona jamas el acto virtuoso, sino le destruye, y dexándole la apariencia de hermoso, le quita la realidad. De donde es, que un acto de fortaleza, aun sumo, que procediera, no del motivo de la honestidad, sino del de la alabanza, fuera como un cadáver de virtud: tan imprudente fuera. Añádese, que la virtud mas consiste en los actos interiores, que perfeccionan al hombre, como un tesoro escondido, que en los exteriores. Pues cómo puede ella jamas conseguir de la gloria premio cumplido de sí toda? A lo mas lo puede conseguir de aquella poca parte de sí, que se muestra á los ojos de los que miran, ya envidiosos, ya cortos de vista.

Y si es así, qué bien es esta gloria, para que el hombre fuerte la haya de comprar con gusto á tan grave costa, como es la de la propia aniquilacion? Lo cierto es que en aniquilándose, no pudiera escuchar ya aquellas alabanzas que le dieran los venideros, admiradores de su esfuerzo. Qué fruto, pues, con-

siguiera el infeliz, muerto al placer de su inmortal renombre? No se pudiera ni aun decir, que reposaba á la sombra de la felicidad humana (aun quando queramos honrar la gloria de tal nombre) quanto mas decir, que gustaba una pura muestra de ella. *La gloria que llega despues de la muerte, llega tarde.* De donde, para concluir, finalmente aconteciera, que el supremo acto de la fortaleza, virtud de errores, no solamente fuera incapaz de premio, sino le traxera en dote al virtuoso el sumo de los males, que es hacerle recaer en la antigua nada. Y una virtud tan bárbara se pudiera entónces decir que era virtud? Antes entónces fuera virtud el vicio, que es la otra proposicion que yo habia de probar, y ahora la probaré.

§. II.

Un destemplado es juzgado entre los hombres con gran razon como un puerco; mas si á la destemplanza se junta en él la injusticia, será un puercoespín, no solo feo en sí, pero dañoso á los otros; destruidor de todos los jardines mas hermosos que encuentra abiertos. Sin embargo, si el alma tuviera los límites de su vida no mas dilatados que los tiene el cuerpo, la destemplanza y la injusticia ya no fueran culpa en el hombre, sino hermosura; pues no le debieran ya producir vituperio, sino esplendor.

Y en quanto á la destemplanza es manifesto, que si el alma debiera quedar oprimida con las ruinas de sus miembros, el sumo bien que le fuera posible fuera conservarlos en pie, y el sumo mal darles alguna ocasion de rendirse, de vacilar, de debilitarse. Y por eso, así como la mas laudable cosa que hay en el hombre es buscar su bien sumo, así entónces la mas laudable cosa que hubiera en él fuera nutrir bien su cuerpo vil, engordarlo, acrecentarle las fuerzas, y hartarlo de todos aquellos gustos que fueran á propósito para tenerle mas recreado; de suerte, que

que aquel epitafio brutal, que hizo Sardanápalo esculpir en su sepulcro:

Tuve aquello que comí,

Y el gusto que á mi apetito,

No perdonando delito

Por saciarle, concedí.

Inscripcion digna de ponerse en la sepultura de un asno, fuera entónces como un compendio de arcana filosofia. Y de hecho, por qué razon es merecedora de alabanza la templanza, sino porque hace que el cuerpo obedezca al espíritu, que no hace caso de los bienes que pasan, por merecer aquel bien que nunca pasa? Mas si faltando el cuerpo, faltara tambien el espíritu, debiera el espíritu, totalmente dependiente de él, obedecer al cuerpo, sin el qual ninguna utilidad pudiera jamas esperar: luego la templanza no fuera entónces laudable, sino viciosa. Es por ventura alabanza para un caballo puesto en venta, decir que es un caballo abstinentes? Antes es vituperio sumo. La mayor alabanza que se le da en la feria es decir que tiene buena boca, porque no siendo aquella bestia capaz de fin mas alto, que de vivir un pedazo de tiempo alegre y gallarda, fuera vicio para ella aquella continencia que se opone á ese fin, y es virtud aquella voracidad, que la ayuda mas que otra cosa para él, queriendo que no dexé de henchir el vientre, mientras que el calor natural mal satisfecho la dice: come.

Al mismo modo fuera virtud tambien en el hombre la injusticia. Figuraos un hombre, que no conozca mas regla que su juicio, ni mas razon que su espada: un hombre, que no juzgue que ha venido al mundo, sino solo como el sollo en el agua, para dañar á quantos puede: un hombre, que para ostentacion de su soberania, se alabe de las demasias que

que ha executado con todos sus próximos; y refiera con igual soberbia las quejas y las aprobaciones: éste, digo (si el cuerpo hubiera de venir á ser algun día sepulcro del alma, como ahora es habitacion) éste es el que se debiera reputar por el mas digno de dominar sobre todos los hombres, como el mas virtuoso que hubiera entre todos: éste mas que todos los otros fuera por el camino derecho al último fin, que fuera entónces hacerse estimar de todos; y éste tambien diera entónces mas en el blanco de conservarse, de contentarse, de vivir á su modo. En aquel caso fuera lícito el romper todas las amistades, el mentir, el hacer maldades, el negar la palabra dada; quando todo esto fuera el medio mas compendioso para evitar la muerte, ó para mejorar la condicion de aquella vida mortal, que fuera entónces el sustento de todos los otros bienes. No hubiera entónces que alabar ya á aquel honrado Demetrio, que tentado por César para que faltase á la justicia, con la promesa de una magnificéntisima dádiva, respondió encendido en enojo, que todo el Imperio de Roma no era precio bastante para sobornarle: *Si César habia determinado tentarme, me habia de haber experimentado con todo el Imperio.* En vano se alentara Séneca entónces tanto á sublimar hasta las estrellas una respuesta tal: pues quanto mas sabio es aquel elefante, que para salvar la vida les arroja á los cazadores el marfil que tiene en la boca, tanto mas necio fuera entónces aquel Demetrio, que no aceptara todas las ganancias y todos los adelantamientos, si no estimara mas la palabra, que la desgracia de César, provocado con aquel menosprecio. Qué palabra, qué lealtad, qué justicia, qué agradecimiento, qué constancia, si muere el alma? Ningun bien se debe estimar mas que el Sumo Bien: ningun mal se debe huir mas que el sumo mal. Ahora, si el alma fuera mortal, su sumo bien fuera vivir largo tiempo, y su sumo mal el morir. Y por

eso

eso todas las razones pidieran entónces que el hombre, para alargar la vida ó para mejorarla, desterrara expresamente de sí todos los otros afectos; y no fuera en ese acto mas condenable que el mercader, que para salvar la nave arroja en el mar todas las cajas, que ya no le son útiles en la tempestad, sino dañosas.

§. III.

Y veis aquí cómo en el desconcierto moral de que hablamos, la virtud fuera vicio, y el vicio virtud. Y os parece este desórden para que se pase por tolerable? Si sucediera esto, luego se siguiera que en este mundo tratara Dios como á familiares y domésticos á sus enemigos, y como á enemigos á sus familiares y domésticos. Uno de los efectos propios de la amistad es la manifestacion de los secretos. Ahora, este tan grande arcano, que con la muerte se acaba todo, se acaban todas las penas, se acaban todos los premios, estuviera escondidísimo á todos los buenos, que con tanta costa suya van detras de las banderas de la honestidad; y por el contrario, estuviera patente á todos los ímpios, que mas disolutamente se dan al mal. De donde los ímpios fueran los domésticos, admitidos en su gabinete para saber la verdad, y los buenos fueran los extraños, detenidos á la puerta.

Y aun de mas á mas el medio para llegar á esta familiaridad tan estrecha con Dios, fuera el despreciarle solemnemente; pues vemos que quanto qualquiera es en su modo de vivir mas sacrilego ó mas desenfrenado, tanto mas fácilmente se inclina siempre á persuadirse á que el alma es mortal. De donde como sucede con la planta del bálsamo, así sucediera tambien con Dios, aquel que mas atendiera á herirle, sacara siempre mas jugo de verdades.

Y si el alcon, quando ha comido demasiado, no sabe volar bien á lo alto para coger su presa, en nuestro caso sucediera lo contrario. La mente hu-

ma-

mana nunca se levantara mas expeditamente para llegar á estas verdades sublímimas y para cogerlas, que quando estuviera mas gravada con todas las sucias maldades: y la conciencia de un impio tan perdido fuera la que debiera descansar mas sosegadamente; pues le hubiera tocado por suerte el acertar en sus juicios quando se resolvió á querer acá toda la felicidad imaginable, dexando para quien la quisiese la que se pudiera soñar allá.

Sabréis, pues, figuraos jamas desconcierto de cosas mas desarregladas? Esto sí que fuera un verdadero tener los pies donde va la cabeza, y un verdadero tener la cabeza donde van los pies; pues esto fuera caminar al revés de quanto dicta, no solamente la fantasía, sino tambien la razon. Y os agrada el seguir opinion tan hermosa? O qué estolidez! Haced lo que quisieréis. Es menester que experimente desmayos intolerables vuestro entendimiento, quando haya de inclinarse á tales despropósitos, y deciros: si. Los buenos en este mundo han de ser los engañados? Los malvados han de ser los entendidos? No lo dirá jamas.

CAPITULO XXXII.

Respóndese á las oposiciones que se traen contra la inmortalidad del alma humana.

No levantara el valor de la obra el detenerse á rebatir los golpes de los contrarios en la cuestión reprehendida con ellos, si al rebatir los golpes no hubiéramos de lograr tambien el herirlos gravemente, como lo enseñan las buenas leyes de la esgrima. Traerémos, pues, aquí lo mas que oponen á la inmortalidad del alma humana, para que con eso mismo se aclare quanto van, no solo fuera de la razon, sino aun contra razon, como rebeldes á la luz.

S. I.

Su primera instancia es: decir con cierta ostentacion de escarnio, que si el alma fuera inmortal, no parece posible que no volviese mas de una á tomar patria sobre la tierra, ó á hacerse ver por lo ménos para darnos noticias del otro mundo. Y sin embargo, quién hay que se pueda entre nosotros gloriar de semejante visita? *No hay quien haya sido conocido vuelto de los infernos* (1). Pero qué necesidad mayor, ¿querer á los sentidos por testigos de lo que trascienden los sentidos? No ha cometido Dios esta causa á la cámara baxa de la experiencia: la ha cometido al consejo supremo de la razon, ó (donde ésta no obra) de la Fé. Verdad es, que tampoco no faltan esas pruebas experimentales, pues muchas veces han vuelto las almas de los difuntos á dar cuenta de sí á los vivos. Y así como el dar crédito á qualquiera de semejantes narraciones, fuera sin duda debilidad de espíritu, así el negarlas todas es perversidad, repugnando á lo que mas de un Escritor ilustre ha testificado en cada siglo. Quan necio es aquel lapidario, que tiene por diamante á todo brillo, tan necio es aquel lapidario, que juzga por brillo á todo diamante.

Pero quién puede dudar, que estas apariciones no han de ser tan frecuentes, como las quisieran algunos, no siendo conformes á las leyes de la naturaleza, sino contrarísimas, de donde necesitan de su expresa derogacion? Así como los cadáveres no se deben á cada paso levantar de sus sepulcros, y volver á vivir, así no deben las almas separadas de aquellos cadáveres salir de los lugares que les ha señalado Dios, y volver á conversar con los vivos. Si estan en lugar de misteria, están incesantemente tolerando

Part. I.

Na

te-

(1) *Sup. a. n.*